

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Lo real del discurso histórico: Roland Barthes y Michel de Certeau.

Suárez Ortega, Paola.

Cita:

Suárez Ortega, Paola (2009). *Lo real del discurso histórico: Roland Barthes y Michel de Certeau*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1215>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Lo real del discurso histórico: Roland Barthes y Michel de Certeau

Paola Suárez Ortega

1. Introducción

En este trabajo abordaré un elemento fundamental de la historiografía, la realidad.

En particular, mi análisis se circunscribirá a la noción de *efecto de realidad* trabajada por Roland Barthes en el libro *El susurro del lenguaje* (1987), y lo que Michel de Certeau toma a partir del mismo en el Capítulo I del libro *La escritura de la historia* (1975).

Aquí veremos entonces que Barthes encuentra que lo real es un elemento inmanente al discurso histórico, propio del sistema de significación, y no algo que viene de afuera. Por tanto, invertirá el término realidad por *efecto de realidad*, que se aproxima más a lo mencionado, y ubicará este elemento dentro del sistema de connotación. Para comprender lo dicho anteriormente, desarrollaré sucintamente qué comprende este autor por *signo*, por *significación*, *connotación*, etc., tomando las nociones de Ferdinand de Saussure y de Louis Hjelmslev.

Si bien Michel de Certeau tomará la noción de *efecto de realidad*, reconocerá que los elementos no son solamente internos al sistema, sino que más bien los trascienden a partir de la labor historiográfica. Es decir, el historiador se encuentra en un presente a partir del cual toma elementos del pasado, para darles sentido. En este trabajo, he resaltado la noción de *fabricación* -o construcción- como característica principal a tener en cuenta. Por tanto, podría considerarse que, en el caso de De Certeau, lo real es tanto el resultante de la práctica como también la práctica misma.

A pesar de las divergencias en las elaboraciones teóricas de cada uno de estos autores, podemos reconocer que tanto uno como otro de estos pensadores consideran *lo real* como el resultado de una construcción propia del discurso histórico; y no ya la realidad a la que el relato histórico pretende referir –en tanto elemento externo- en su pretensión de objetividad.

En este punto, Barthes afirma

“En el discurso histórico de nuestra civilización, el proceso de significación intenta siempre “llenar” de sentido la Historia: el historiador recopila menos hechos que significantes y los relaciona, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar así el vacío de la pura serie.”¹

En relación a esta afirmación, de Certeau reflexiona

“Porque el vocabulario de lo real pasa a ser parte del material verbal que puede organizarse en el enunciado de un pensable o un pensado. Ya no tiene el privilegio de ser el afloramiento de hechos, de permitir que emerja a través de ellos una Realidad profunda, ni de ser por eso mismo aureolada con el poder de “expresar” a la vez la “cosa misma” y el Sentido que vendría en ella.”²

Que *el vocabulario de lo real* se organice implica una actividad, la de organizar, e implica un sujeto que lleva adelante tal tarea, tal como indica la afirmación del autor de *El susurro del lenguaje* (1987). Por tal motivo, he de considerar dos puntos en estos dos autores: lo real es construido a partir del historiador en un discurso, y esa construcción conforma un tipo de vocabulario que genera sentido gracias a la labor efectuada en un discurso histórico.

El sino de la historia, como afirman los autores, parece convertirse más bien en lo inteligible que en lo real. Es decir, el resultante de la labor historiográfica (la selección de determinados hechos³, bajo un orden determinado y con una determinada vinculación de causas y consecuencias) ha sido elaborado bajo la condición de ser inteligible. Todo aquello que no lo sea, es definitivamente eliminado de la narración -aunque, para De Certeau y otros pensadores, muchas veces pueda reconsiderarse⁴-. De este modo, se ha dejado de lado la posibilidad de dar cuenta punto a punto de lo real.

¹ Barthes, Roland: *El susurro del lenguaje*, Buenos Aires, Paidós, 2002, página 175.

² De Certeau, Michel: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, página 58.

³ La elección de los hechos que conforman el discurso histórico tiene como condición de posibilidad la temporalidad: el historiador se encuentra en un presente donde los hechos ya han sucedido. Los mismos son posible de seleccionarse a la luz de ese presente. Esta afirmación y sus implicancias serán aclaradas más adelante con la ayuda de los autores.

⁴ En este punto, de Certeau aclara que en los objetos aparece también la imagen del otro (que ya veremos que se hace presente en la aparente diferenciación que pretende sostener la historiografía entre el pasado del objeto y el presente del historiador). Para ello, el autor aclara en la página 55 de *La escritura de la historia*, y a propósito de la recuperación de “...zonas que [la ciencia histórica] había considerado un

Para el desarrollo de lo anteriormente dicho, desarrollaré en principio cada uno de los autores, para luego converger en las discrepancias que han permitido sostener y animar las tensiones que marcaremos a lo largo del trabajo.

2. Roland Barthes: el *efecto de realidad* como elemento intrínseco al discurso histórico.

El problema de qué sea aquello que se dice ser real en todo discurso histórico es reconocido por Roland Barthes como un *efecto de realidad*. Es decir, lo que se considera como lo “concreto sucedido” dentro del discurso es, más bien, el resultado de un complejo proceso a través del cual se desbarata el signo semiológico. Para ello, se hace imprescindible repasar sucintamente lo que Barthes comprende por “signo”.

Toma esta noción y sus principales características del célebre lingüista Ferdinand de Saussure. En el texto que incorrectamente lleva su autoría, el *Curso de lingüística General* (1914), se afirma que por signo lingüístico se comprenderá que “... es una entidad psíquica de dos caras...”⁵, compuesta por un significado y un significante. Por el primero se comprende el concepto psíquico que de un signo tenemos (un signo no equivale a una palabra), lo que en nuestra mente –o, mejor dicho, en la mente del colectivo- se comprende por cada signo. En el caso del significante, es la imagen acústica que el hablante asocia a determinado signo y a su concepto correspondiente. Ninguno de ambos elementos es más importante que otro, sino que se relacionan recíprocamente en una relación que se caracteriza por ser arbitraria, mutable e inmutable y por la linealidad del significante.⁶

Esta definición de “signo” se ve acompañada por otras cuestiones, a saber: este signo es colectivo -con lo cual un solo hombre o una sola mujer no podrían modificarlo por su sola voluntad-. Este ser social se basa en que el objeto de estudio no es el

desperdicio o como un revés incomprensible”, que “La ciencia histórica ve crecer las regiones silenciosas de donde ha estado ausente.”.

⁵ De Saussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1994, página 92.

⁶ No entraré en detallar cada una de estas características puesto que no se vincula directamente con mi trabajo. No obstante, para quien haya despertado su curiosidad, sugiero se acerque al libro mencionado, la primera parte del mismo, *Principios generales*, capítulos 1, *Naturaleza del signo lingüístico*, y capítulo II, *Inmutabilidad y mutabilidad del signo*.

lenguaje, puesto que el lenguaje es una unidad compleja, fisiológica y mental. Además, es tanto social como individual, es un sistema establecido y una evolución. En suma, el lenguaje puede ser abordado por diferentes ciencias desde diferentes puntos de vista. En una palabra, no hay unicidad del objeto. Por tanto,

*“...hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje.”*⁷

El estudio de Saussure toma como objeto de estudio, por tanto, a la lengua, puesto que cumple el principio de homogeneización del objeto de estudio (es estable, determinado). Este principio, que posibilita tomar como objeto de análisis, en este caso a la lengua, es fundamental: diferencia al lenguaje, que se caracteriza por ser multifacético, de la lengua, que sería el elemento estable y posible de ser sometido a estudio. Esta es la parte estable y el lazo social que el lenguaje tiene, a diferencia del habla, la cual Saussure reconoce como actos individuales y fugaces. Sin embargo, la diferenciación entre *langue* y *parole* no es de exclusión: no hay lengua sin habla (los hechos del habla preceden a los de la lengua), ni habla por fuera de la lengua (considerando a esta última como un conjunto de normas superiores a los individuos particulares, que son condición de posibilidad del habla). Es decir, ambos elementos son imprescindibles a la hora de conformar la praxis lingüística.

*“[La lengua] es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe más perfectamente que en la masa.”*⁸

Ahora bien, retornando al tema puntual de este trabajo, Barthes recogerá estas afirmaciones saussureanas para elaborar lo que será el signo semiológico. Es decir, este signo cuenta con todos los elementos mencionados en el signo saussureano, pero además contará con un elemento de sentido. Para comprender qué sea este elemento, ha de tomar la teoría de Louis Hjelmslev⁹.

⁷ Saussure, F.: *op.cit.*, pág. 37.

⁸ Saussure, F.: *op.cit.*, pág. 41.

⁹ Hjelmslev, Louis: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1971.

Primeramente, la dicotomía saussureana “lengua/habla” es reemplazada por “esquema/uso”. Bajo este nuevo par de términos, que Barthes tomará, se socializa la dicotomía, se le da un carácter más dinámico. Por el primero de los términos, Hjelmslev considera que es la forma pura de la lengua¹⁰. Es decir, el número de elementos y posibilidad de unión se han fijado de una vez para siempre en la estructura de una lengua. El “uso” es la sustancia lingüísticamente formada, su aspecto constante. A partir del uso se decide cuáles de esas posibilidades se explorarán efectivamente, en tanto un aspecto variable.

El signo hjelmsleviano une dos fúntivos constantes (condiciones necesarias para el otro elemento): expresión (en el plano de los significantes) y contenido (en el del significado). A su vez, cada uno de estos planos del signo tiene una forma (elemento constante, que puede ser descrito por la lingüística sin precisar de premisas extralingüísticas) y una sustancia (elemento variable –aspectos menos lingüísticos de los fenómenos- que precisa de premisas extralingüísticas para ser descrito).

En este desarrollo se basa Barthes para completar la significación de su signo semiológico: en ciertos casos, los sistemas semiológicos tienen una sustancia de expresión que no se encuentra en la significación. Es el caso de aquellos elementos que con frecuencia son objetos de uso (la ropa, la comida, el auto), y también significan (un status social, la sensualidad, etc.). En estos casos, estos signos son denominados por Barthes como *función-signo*.

“...desde el momento en que hay sociedad, todo uso es convertido en signo de ese uso...”¹¹

De este modo obtenemos, finalmente y a grandes rasgos, el signo semiológico¹².

Ahora bien, procedamos a analizar cómo parece relacionarse estos elementos dentro del discurso histórico. En este caso, podríamos reconocer al discurso histórico

¹⁰ Hjelmslev considera por lengua un “sistema de elementos destinados a ocupar ciertas posiciones determinadas en una cadena, a entrar en ciertas relaciones determinadas con exclusión de ciertas otras”. Hjelmslev, Louis: *El lenguaje*, Madrid, Editorial Gredos, 1968, página 49.

¹¹ Barthes, Roland: *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1997, página 41.

¹² Ha sido de gran ayuda para este pequeño desarrollo sobre ciertos elementos del signo semiológico el libro de Barthes titulado *La aventura semiológica*, ya presente en la cita once. El capítulo que puntualmente he trabajado es el denominado “Elementos de semiología”.

como una unidad de estudio semiológica. Al considerarla como tal, debe necesariamente incluir, retomando a Hjelmslev, un plano de expresión y otro de contenido, que se relacionan en la significación. Y he aquí un detalle: al mejor estilo de las muñecas rusas, esta relación se convierte a su vez en uno de los dos elementos simples de otro sistema –y que lo contiene en el plano de la expresión-. De este modo tenemos dos sistemas de significación, uno dentro de otro, pero desligados entre sí. Esto es lo que se conoce por sistema connotativo, donde el plano de la expresión está constituido por un sistema de significación. Por ejemplo, el barómetro que Flaubert describe en la sala donde se encuentra Mme. Aubain, y que Barthes rescata en *El efecto de la realidad* (1968)¹³, es signo y expresión de otro contenido (pero también lo podría ser un texto completo). Estos sistemas de connotación son propios de lo que las sociedades construyen sin cesar: como primer sistema, tenemos la lengua humana. Dentro de ella, se construyen sistemas de sentido que bien pueden ser expuestos, pero también racionalizados o enmascarados, y que los sistemas de denotación vehiculizan. Sufre un doble movimiento: en primer lugar, la función se impregna de sentido, otorgado por la sociedad puesto ella, inevitablemente convierte a todo uso en signo de ese uso. Así se constituye el signo. En segundo lugar, la sociedad re-funcionaliza y habla de él como de un mero objeto de uso. Así se re-presenta al objeto, y esta representación es del orden de la connotación.

Estos significados de connotación, propios de lo que Barthes reconoce como sistema occidental, son los que él llama un *fragmento de ideología*, que están en estrecha comunicación con la cultura, y por tanto, con la historia. Qué quiere decir con esto. Pues bien, Barthes reconocerá a la ideología como la forma en sentido hjelmsleviano que ya hemos visto de los significados de connotación.

Procedamos, ahora bien, a desentrañar qué sucede con el signo dentro del discurso histórico, a fines de poder comprender el lugar que le otorga a lo real.

¹³ Rescato aquí un fragmento para algún lector desprevenido: “...un viejo piano sostenía, debajo de un barómetro, una montaña de cajas y cartones...”. Sobre este relato, Barthes dirá “...en la descripción de Flaubert es posible en rigor ver en la notación del piano un índice del tren de vida burgués de su propietaria y en la de los cartones un signo de desorden y abandono capaz de connotar la atmósfera de la casa Aubain, ninguna finalidad parece justificar la referencia al barómetro, objeto que no es ni incongruente ni significativo, y no participa, pues a primera vista, del orden de lo notable...” (Barthes, R: *El susurro...*, pág.179).

Barthes reconoce en el discurso histórico la necesidad que tiene lo real: el relato histórico supone que refiere a lo que efectivamente “ha pasado”, a “los hechos”. Esto proviene además, de una necesidad de autentificar lo real por parte de esta sociedad. Esto sucede tanto en el discurso histórico como en el auge de la fotografía, los reportajes, el turismo de monumentos.

Pues bien, habíamos mencionado que el signo estaba compuesto originariamente compuesto por un significante y un significado, con un plano de expresión y otro de contenido. Ahora bien, en cuanto al mecanismo de referencialidad a lo real en el texto, éste indica que el referente (lo real concreto, en este caso) es autosuficiente, de modo tal que desmiente toda función. Por ello, éste se vincula directamente con el significante: no hay necesidad de significado ninguno. Eliminar al significado implica eliminar la forma del mismo (es decir, la estructura narrativa misma). Eliminando el significado, es el referente quien queda vinculado al significante.

Junto a la eliminación del significado, se descarta también el sentido. Esto es posible de sostener porque, aquello a lo que refería, “lo sucedido”, no tiene sentido; es decir, no significa.

Por tanto, el discurso histórico es un signo que se vincula directamente con “lo real concreto”. Es decir, está dentro de otro sistema, con lo cual se forma un sistema connotativo. La realidad aparece entonces como significado de connotación. De este modo, si bien pareciera que la narración histórica es una “copia exacta” de lo sucedido, sólo produce un nuevo sentido que es la realidad misma, a la que significa. La categoría de lo real se ve significada por el discurso histórico: es el propio discurso quien es ahora “lo real”. Por ello, el discurso histórico acaba significando la realidad, aunque no concuerde con la misma.

“...pues en el momento mismo en que se considera que estos detalles denotan directamente lo real, no hacen otra cosa, sin decirlo, que significarlo.”¹⁴

Esto implica finalmente que la existencia del hecho es lingüística: si bien el referente –el hecho- se ve como exterior al discurso –el hecho narrado-, no es posible acercarse a él por fuera del discurso mismo.

¹⁴ Barthes, R.: *op. cit.*, pág. 183.

3. Michel De Certeau: el quehacer historiográfico

En el Prólogo a la segunda edición de *La escritura de la historia* (1975), Michel De Certeau afirma “*Partiendo de una ruptura entre un sujeto y el objeto de su operación, entre un querer escribir y un cuerpo escrito (o por escribir), la escritura fabrica la historia occidental.*”¹⁵

Considero importante partir del fuerte concepto de *fabricación* de la historia occidental, que el mismo autor remarca en su texto. Sin embargo, como primera medida, es importante acercarnos hacia otras cuestiones que delinear la noción de fabricación que quiero remarcar. En primer lugar, De Certeau considera que la historia es una práctica conforme a una institución. Además, reconoce la escritura como relato, el cual, en tanto tal, debe cumplir y compartir las estructuras propias de todo relato. Ahora bien, este relato pretende dar con algo verdadero, tiene pretensión de producir un saber verdadero. Este rasgo es, entonces, aquello que distingue a este relato de todos los otros; por lo cual deberán buscarse estructuras específicas del texto historiográfico.

La historiografía pretende dar con un discurso de verdad, que construye una relación con su referente, el cual no es otra cosa que la realidad ya pasada que se pretende, de algún modo, recuperar y comprender. Sin embargo, no sería acertado pensar que, bajo la actividad historiográfica, el historiador podría dar con una verdad sobre el pasado que los archivos dejarían reconocer claramente, sino más bien que es el resultado de una relación propia de una actividad, de una operación que recorta y relaciona datos. De este modo, la realidad en la historia no es el resultado de una reconstitución objetiva del pasado. La realidad es un entrecruzamiento entre la actividad historiográfica y la realidad referencial que toma por hechos.

La escritura moderna produce la historia de ese Otro (el pasado), que es su posibilidad. Es decir, la escritura moderna es posible tanto gracias al pasado al que remite su práctica, como a la práctica que posibilita la inteligibilidad de ese pasado. De Certeau analiza la escritura de la historia como un gesto de dominio sobre lo que considera un Otro, como un discurso de poder propio de la historiografía occidental. Este considerar al otro como un Otro es posible gracias a un modo de comprender al

¹⁵ De Certeau, M.: *op.cit.*, página 12.

pasado como aquello ya sucedido y definitivamente consolidado; es decir, lo que diferencia un pasado estático de un presente *en acción*. Para ello, la historia establece cortes epocales, o entre acontecimientos, etc.; que establece un *límite* entre lo que se considera el pasado –en tanto objeto de estudio, y cuya masa material son los documentos- y el presente como práctica del historiador. En este límite, afirma De Certeau, se reconoce una tensión necesaria y negada. Es *necesaria* en tanto que cada elemento es indispensable al otro para su existencia. A su vez, se considera una relación *negada* ya que ese límite entre ambos elementos de la relación no puede ser sostenido frente al “regreso” de un pasado en la práctica presente.

Esta ruptura que De Certeau evidencia entre el sujeto y objeto -donde habría un objeto a explicar o a interpretar¹⁶, y un sujeto que se adentra a conocer lo dado-, y cuyas consecuencias se vinculan con la fabricación de una historia, rompe también con la ilusión dogmática de la adecuación a lo real. Es decir, el historiador no aborda su objeto de estudio, sino que lo construye a través del proceso de la escritura.

A su vez, afirmar que la historia se fabrica es contraponerla a la concepción de interpretación que la misma pueda tener. Es decir, toda interpretación implica un objeto a interpretar, el cual contiene significados susceptibles de ser interpretados, que son intrínsecos y propios del objeto. En contraposición a un objeto dado a la interpretación, De Certeau presenta bajo el concepto de *fabricación* a una construcción de representaciones, con el material tomado del pasado. A su vez, esta construcción se vincula con el presente del historiador en tanto lugar desde donde se pretende hacer comprensible dicho discurso.

Lo real no es entonces, aquello que el historiador podrá interpretar, sino aquello que se construye para ser inteligible a través de la práctica histórica. Es posible ver, de este modo, que lo real es definido como una relación de tensión entre el objeto de estudio (la realidad pasada) y las técnicas de la práctica historiográfica (la praxis del historiador). Desde este punto de vista es que podríamos decir que la historia es una

¹⁶ En el sentido que les da Ankersmit a los mismos: la explicación supone que “*El pasado se concebía como una multitud de fenómenos que yacen ante el historiador, en espera de ser descritos y explicados.*” Esto ha sido característico de la filosofía de la historia propia de la década de 1940. Por otro lado, la interpretación, que aparece frente al nuevo vocabulario de los ’70, implica que “*...el pasado es en esencia un conjunto significativo y que es tarea del historiador interpretar el significado de los fenómenos históricos.*” Ankersmit, F.R.: *Historia y topología. El surgimiento y la caída de la metáfora*, Barcelona, FCE, página 193.

relación compleja entre pasado y presente (pasado como objeto de estudio, presente en tanto práctica).

Esto implica que el objeto de estudio no es un hecho que se debe comprender, sino un hecho dependiente del presente del historiador (donde se encuentran imbricados tanto su método de trabajo, su práctica de sentido, como la sociedad actual). Depende de éste en tanto que su práctica está limitada –o posibilitada, de acuerdo al lugar desde donde uno se sitúe para considerarla- por determinismos propios de las condiciones de trabajo (tales como los problemas que aborda, los métodos, etc.) y las condiciones sociales en las que el historiador se encuentre. Es por ello que De Certeau afirma

*“La producción es, efectivamente, su principio de explicación cuasi universal [de la historiografía], puesto que la investigación histórica toma todo documento como síntoma de lo que la ha producido.”*¹⁷

Las consecuencias que ello tiene se leen claramente al final de este prólogo:

*“...el nuevo examen de la operatividad historiográfica desemboca, por un parte, en un problema político (...), y por otra parte, en la cuestión del sujeto (...)”*¹⁸

De Certeau considera que en la escritura se plasma la relación central que nuclea la historia: la pretensión de una práctica que fabrica un objeto de estudio. La práctica requiere de maneras de hacer la historia, bajo métodos y espacios posibles que no son otra cosa más que políticos (un poder político conformador de sistemas; es decir, de razones que organizan prácticas, consideradas estas razones como relaciones efectivas que dominan técnicas¹⁹). A su vez, estas prácticas se arriman a un pasado, el cual pretenden inteligir: para ello el historiador fabrica el objeto de estudio, construyéndolo según su modo de inteligir. El es el sujeto que se supone sabe leer un elemento susceptible de ser descifrado y, por tanto, que puede traducirse en un discurso. Como vemos, práctica y objeto se vinculan fuertemente, conformando la realidad. Es que toda obra histórica estaría sometida, siguiendo a De Certeau, a la lógica de un lugar de producción. De este modo se articula un modo de comprensión con un discurso de hechos.

¹⁷ De Certeau, M.: *op.cit.*, pág. 25.

¹⁸ De Certeau, M.: *op.cit.*, pág. 13.

¹⁹ Algo así como las condiciones de posibilidad de hacer la historia según *experiencias de la cultura* específicas, si se me permite la analogía con aquella noción, propio de Walter Benjamín.

4. Conclusión: Vislumbres de una tensión

Acercarnos a una conclusión implica un espacio de cierre, o quizás sea más bien una apertura hacia problemáticas que se desprendan o comprendan en algún sentido a la aquí desarrollada. Es por ello que plantearé dos cuestiones importantes tensionadas a lo largo de estas páginas: inmanentismo y trascendentalismo. Barthes ubica la realidad del discurso histórico en un encuadre interno y propio de la estructura del discurso histórico, mientras que De Certeau le da cierto, podríamos decir, trascendentalismo al ampliarlo al presente del historiador (y con ello, a las instituciones, las prácticas de sentido, la política, etc.). Si bien pareciera que ambos eliminan toda posibilidad de conocer lo real, más bien la re-consideran desde distintas perspectivas.

En principio, una de las articulaciones a considerar, en el caso de Roland Barthes, es que la categoría de lo real se ve significada por el discurso histórico, y vimos que ello implica, finalmente, que la existencia del hecho es lingüística.

La tarea del semiólogo es entonces, para Barthes, la de descifrar estos fragmentos connotativos, lo cual implica descifrar la ideología del sistema dominante. O, lo que es lo mismo, la tarea semiológica sería la de reconstituir el funcionamiento de los sistemas de significación. Para ello ha de interrogar a los objetos en relación al sentido que detentan y hará intervenir otros determinantes (como los psicológicos, económicos, políticos), pero éstos últimos siempre dentro del sistema de sentido propio del objeto (situando su lugar y función en la estructura).

En el caso del discurso histórico, Barthes reconoce en el sistema de connotación los elementos de sentido. Pues bien, este sistema de connotación es propio al discurso, inmanente al mismo. Los elementos que han de reconocerse son propios al sistema, y no externos al mismo: ellos serán los reconstruidos por el semiólogo basándose inicialmente en su corpus.

Posteriormente, siguiendo estos delineamientos de Barthes, debería considerarse que De Certeau tampoco reniega de la existencia de cierta realidad: ella se compone tanto de procedimientos específicos que el historiador utiliza para que su discurso sea de tipo historiográfico, como del archivo o documentos (lo Otro); es decir, de aquello que pretende hablar (un otro que siempre es fragmentado e incompleto).

*“La historiografía (es decir “historia” y “escritura”) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja -y casi el oxímoron- de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer **como** si los uniera.”²⁰*

A través del discurso, la historia hace hablar un cuerpo muerto, o aparentemente muerto: el pasado. Se generan “heterologías”²¹: una tensión entre el saber que provoca el discurso y el cuerpo mudo que lo supone. En relación a este otro se establece la inteligibilidad, puesto que el lenguaje tiene como condición implicar y poner como un otro distinto de él a la realidad de que habla, y que debe ser inteligible dentro de los términos de los modelos de interpretación propios del presente del historiador. De este modo vemos que, para De Certeau, hay una historicidad en la historia que implica un movimiento que enlaza una práctica productora a una praxis social. Cambia el significado de la investigación: de un sentido revelado por la realidad observada pasa al análisis de opciones o de organizaciones de sentidos implicados por operaciones interpretativas.

A modo de última reflexión, sería importante reafirmar que, De Certeau, si bien no reniega de las afirmaciones de Barthes sobre la realidad como construcción propia del relato histórico, le suma a ella las prácticas propias del historiador que selecciona, limita y también, del mismo modo, posibilita el quehacer historiográfico y, con ello, la historia. Es decir, hay un discurso de saber propio y un mundo social donde dicha práctica se inscribe. Este sumarle las prácticas del historiador implica que, al preguntarnos por la realidad, no es posible circunscribirse únicamente a dominios aislados propios de la estructura del discurso. No es a partir de su forma que se pueden iluminar otras partes de la praxis social.

²⁰ De Certeau, M.: *op.cit.*, pág. 13.

²¹ De Certeau, M.: *op.cit.*, pág.17.

Bibliografía:

- Ankersmit, F.R.: *Historia y tropología. El surgimiento y la caída de la metáfora*, Barcelona, FCE.
- Barthes, Roland: *El susurro del lenguaje*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Barthes, Roland: *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Chartier, Roger: *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Manantial, 1996.
- De Certeau, Michel: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.
- Hjelmslev, Louis: *El lenguaje*, Madrid, Editorial Gredos, 1968.
- Hjelmslev, Louis: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Editorial Gredos, 1971.
- Kovacci, Ofelia: *Tendencias actuales de la gramática*, Nuevos Esquemas, Buenos Aires, 1966.
- De Saussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1994.